

EL PRIMER MEDIO SIGLO DE *HISTORIA MEXICANA*

Solange ALBERRO
El Colegio de México

CON ESTE NÚMERO 200, *Historia Mexicana* celebra el cincuentenario de la revista creada por Daniel Cosío Villegas. Cuando salió su primer número, que correspondía al trimestre julio-septiembre de 1951, existían otras revistas que otorgaban amplios espacios a la historia de México, de acuerdo con una tradición que no hacía sino reflejar un proceso fundamental en la formación de la identidad de este país. Sin embargo, ninguna se dedicaba exclusivamente a la historia de México, y menos postulaba que pudiese existir una historia propiamente mexicana, o sea, una manera particular de hacer historia al privilegiar periodos, espacios, temáticas, enfoques, según las circunstancias, coyunturas, necesidades, prioridades, los intereses y las preocupaciones de los mexicanos en aquel momento.

Porque si es evidente que todos los historiadores, como los demás estudiosos, compartimos inquietudes intelectuales comunes por el simple hecho de ser contemporáneos, resulta también evidente que la presencia recurrente o la ausencia de ciertos temas, y la manera de tratarlos, se explican ante todo por nuestro arraigo en la sociedad específica de un país particular en un momento dado. Por tanto, *Historia Mexicana* nació como revista *de* historia de México, pero también como la apropiación que los historiadores mexicanos —o asimilados, puesto que aquí lo que rige es la vivencia y no la decisión administrativa— hicieron de su historia al examinar,

cuestionar y tratar de explicar la historia de su país y de su nación a partir de su condición de historiadores mexicanos de mediados del siglo XX. Por eso mismo, la revista adquirió inmediatamente perfil y sabor peculiares.

En efecto, si bien estuvo siempre ampliamente abierta a las visiones y percepciones de quienes, desde el extranjero, hacían también historia de México, condición *sine qua non* para asegurar su necesaria oxigenación, brindó al mismo tiempo espacios generosos a los historiadores mexicanos, fuesen ya consagrados o en ciernes. Así, desde los primeros números vemos que los nombres más prestigiosos de la historia mexicana de entonces, tanto nacionales como extranjeros, cohabitan con los nombres desconocidos de jóvenes estudiantes, muchos de los cuales son ahora, a su vez, historiadores famosos. Con riesgo de pecar de soberbia, creemos que se puede afirmar que *Historia Mexicana* sigue fiel a lo que ya es ahora su tradición, y que como en sus principios, los historiadores mexicanos, tanto los famosos como los aún desconocidos, siguen encontrando en sus páginas la acogida de antaño y que esperamos sea de siempre.

Haber llegado a este medio siglo de vida nos infunde cierto orgullo, no podemos negarlo. Sin embargo, no nos impide reconocer limitaciones y fallas. Si bien unas son compartidas por otras revistas, otras son probablemente defectos nuestros. Cierta tendencia a ofrecer a nuestros generalmente fieles y —hasta, a veces, adictos— lectores, trabajos austeros —aburridos dicen algunos—, excesivamente descriptivos tal vez, cuando el tema tratado empieza sólo a ser desbrozado y el autor considera prematuro o imprudente formular conclusiones. Trabajos también que versan sobre temas muy especializados o muy reducidos, lo que por su misma limitación no interesan más que a un puñado de lectores.

Sin embargo, si bien es cierto que la pluma suelta e incluso elegante de tantos historiadores decimonónicos y de muchos de la primera mitad del siglo XX hacía casi ligeros temas igualmente áridos; sí, al amparo de una historia-ciencia, y desde nuestra pretensión de ser también los his-

toriadores unos científicos hechos y derechos, sembramos a veces nuestros textos de cuadros, curvas, listas, series y datos estadísticos —en lugar de mandarlos amablemente a apéndices— y usamos una jerga acaso pedante y confusa que entorpece aún más la lectura y la comprensión, es evidente que *Historia Mexicana* ha sido, sigue y seguirá siendo una revista de investigación dirigida a un público forzosamente reducido y acostumbrado a enfrentar las austeras exigencias de la investigación. Así, es probable que buena parte de los trabajos que seguirán llenando sus cuatro números anuales seguirán siendo austeros por su forma y contenido, al unísono finalmente con el color indefinido —entre gris y azul— de la portada y la sobria tipografía y presentación de la revista desde su fundación, características que precisamente la hacen identificable de inmediato en los estantes de nuestras bibliotecas.

Pero sería descortesía abusar de la ocasión presente para explayarnos sobre *Historia Mexicana*. Para celebrar con la comunidad de historiadores este su aniversario cincuenta y el número 200 correspondiente, hemos pedido a quienes dirigen o han estado estrechamente involucrados en los destinos de las otras revistas consagradas total o mayoritariamente a la historia de México, que hiciesen, según su ingenio, propósitos e inspiración, una presentación de cada una de ellas. No podemos sino ofrecer disculpas, tanto a los responsables de las revistas que no aparecen mencionadas en el presente número como a nuestros lectores, porque no todas las que tratan efectivamente de la historia de México respondieron a tiempo a nuestro llamado por razones muy diversas, o porque *Historia Mexicana*, por descuido y sobre todo ignorancia, falló en su intento de convocar a todas. Aún así, el abanico que presentamos es rico, y refleja en su pluralidad el estado que guardan en este principio de siglo las revistas mexicanas de historia, esencialmente la de México. Sin pretender ofrecer una síntesis de los logros, fracasos, fortalezas y debilidades de nuestras revistas, me limitaré aquí a destacar algunos puntos que me parecen dignos de llamar la atención, desde luego per-

cibidos y ponderados desde la inevitable subjetividad de quien escribe.

En primer lugar, y como era de esperarse, impera la diversidad entre nuestras publicaciones, tanto en términos formales como de contenido. Algunas revistas se dedican exclusivamente a la historia, otras incluyen también temas y campos afines a la historia, como la antropología, la etnohistoria, la arqueología, la sociología, la lingüística, la historia del arte o la literatura, el caso de *Cuicuilco*, del *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, los *Anales de Antropología*, los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Asimismo, unas se especializan en determinado periodo, espacio o temática, así *Siglo XIX*, *Estudios de Historia Novohispana*, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, *Secuencia*, *Estudios de Cultura Náhuatl*, *Estudios de Cultura Maya*, *Historia y Grafía*, etc., conforme al desarrollo de los distintos campos historiográficos.

Otra diferencia consiste en el hecho de que ciertas revistas reproducen textos escritos originalmente en lengua extranjera, o vuelven a publicar textos difícilmente accesibles, tanto los que salieron a la luz hace tiempo como documentos archivísticos de primera mano, así *Istor*, *Relaciones* y, obviamente, el venerable aunque rejuvenecido *Boletín del Archivo General de la Nación*. Finalmente, unas gozan de cabal salud, otras más llegan a la edad de razón como eslabones o perspectivas históricas, como *Istor* o *Signos*, o están en pleno desarrollo, así *Cuicuilco* e *Historia y Grafía*; unas más se encuentran en etapas difíciles, por razones muy diversas y otras como las *Memorias de la Academia Mexicana de Historia*, lograron vencer recientemente las dificultades pasadas. Lo más triste es, desde luego, cuando alguna desaparece, como aconteció lamentablemente con *Siglo XIX*, de perfil tan marcado y que no ha sido sustituida, porque una revista que fallece, sobre todo por no haber encontrado los socorros oportunos, significa la desintegración del proyecto que se proponía difundir para desarrollar una visión particular de la historia, y muchas veces también la desintegración de un equipo, cuando no de un grupo de amigos. Por eso, su falta se traduce en un

empobrecimiento sensible de nuestro pequeño universo, donde de repente ciertas voces familiares dejan de hacerse oír, interrumpiéndose, entonces, los diálogos entablados y silenciándose las discusiones y polémicas. Una revista que desaparece contribuye a devolver partes enteras del pasado a la inercia sedimentaria de donde tal vez nunca volverán a ser extraídas para que la pasión de un puñado de historiadores les vuelva a insuflar sentido.

De manera general, todas nuestras publicaciones sufren, en grados variables, las dificultades económicas propias de cualquier proyecto editorial de carácter no comercial, y las carencias, por no decir vicios, de los sistemas de distribución. Además, tres problemas al menos, parecen serles comunes, que destacan claramente varios de los colegas que accedieron a compartir sus experiencias en el presente número.

El primero atañe a la ausencia casi total de crítica, en particular notable y grave en nuestro medio. En efecto, resulta prácticamente imposible suscitar un estricto debate académico acerca de una cuestión o un libro, y quienes no dudan en expresar con libertad y en privado sus reservas y críticas, rechazan casi siempre la posibilidad de hacerlo desde la tribuna de una revista. Las consecuencias están a la vista: los investigadores escriben artículos y hasta libros, producto a menudo de largos años de trabajo, sin que prácticamente nadie llegue a cuestionar, discutir y rebatir sus hipótesis, fuentes, metodología, interpretaciones o conclusiones, viéndose los primeros, condenados en la mayoría de los casos, a conformarse con los comentarios preliminares de quienes leyeron los borradores y, si tienen suerte y algo de paciencia, con algunas citas ulteriores en los trabajos de contados alumnos y amigos.

La misma actitud se observa en muchas reseñas dedicadas a libros recientes. Sometidos a las crecientes presiones ejercidas por instancias e instituciones para que los investigadores produzcan al menos papel impreso, y también a la moda, también creciente, de presentar de manera oficial los libros nuevos, y hasta los que no lo son tanto, la gran mayoría de las reseñas que llegan ante los consejos edito-

riales de nuestras revistas no son más que presentaciones de libros. Esto no significa que los textos carezcan de calidad e interés, puesto que muchos de ellos son brillantes, sugerentes y además escritos en el estilo ameno que se aviene con el evento académico-social para el cual fueron elaborados. También se entiende que los investigadores, acosados por la necesidad apremiante de publicar, busquen dar una salida a la vez digna y redituable al respetable trabajo que constituye un comentario consistente sobre una obra reciente. Sin embargo, existe un problema de género, puesto que una reseña no es exactamente una presentación, cuya modalidad oral y colectiva requiere —y también prescinde de— ciertas cosas: mientras la presentación por definición, debe recalcar los aspectos positivos de la obra entronizada y evitar ahondar en puntos excesivamente específicos, en atención a un auditorio forzosamente heterogéneo, la reseña prescribe un mínimo de crítica y de cuestionamiento, y requiere precisamente el comentario e incluso la discusión apretada de algún punto o aspecto.

Lo mismo acontece con buena parte de los trabajos sometidos a los consejos editoriales para publicación. Por la multiplicidad existente de eventos académicos de toda clase, nacionales e internacionales, y la necesidad imperiosa para los investigadores de exhibir regularmente trabajos concretos, están saliendo a la luz numerosas obras que reúnen, de hecho, las ponencias presentadas en alguna mesa o sesión dedicada a un tema específico, y que después son publicadas en coautoría o bajo la coordinación de un responsable. Sin embargo, aquellas ponencias que no suscitan una publicación colectiva o por motivos muy diversos no encuentran cabida en ella, a menudo son ofrecidas a los comités de redacción de nuestras revistas. Ahora bien, como sucede con las reseñas, no pocas de ellas, que fueron ponencias del todo respetables, carecen de las características que se precisan en un artículo, y por tanto, aquí como en el caso de la reseña-presentación de libro, asistimos a una especie de mutación genérica que se traduce en un cambio cualitativo sensible en un buen número de los textos que aspiran a ser publicados en la revistas especiali-

zadas, y que por esta razón son a veces rechazados por los árbitros y los consejos editoriales.

Ciertamente, la ausencia de crítica patente en nuestras tribunas impera también en los demás campos académicos, tanto científicos como humanísticos, y más aún en el mundo de las letras y las artes, no sólo en nuestro país, sino por doquier, aunque en grados diversos. Esto no debe constituir un consuelo, sino un estímulo para tratar de ventilar nuestros jardines respectivos y entender de una vez que la crítica y el debate no sólo son imprescindibles para el desarrollo de cualquier criatura viva, como una revista, sino que, lejos de proceder de turbias intenciones, reflejan en el peor de los casos, la incompreensión del crítico, y en el mejor de ellos, su interés verdadero por la obra cuestionada.

Como consecuencia probable de este rechazo a la crítica y a una confrontación mínima, y movidos tal vez por el anhelo secreto de quedarnos confinados en un espacio protegido —aunque con aire un tanto enrarecido—, se registra en nuestras revistas una notable escasez de trabajos que adopten enfoques comparativos, lo que desemboca a veces en comentarios y conclusiones apresuradamente perentorias. Y sin embargo, ¿cómo ignorar las similitudes y las diferencias entre Perú y Nueva España, si se busca destacar lo que distinguió a esta última?, ¿y con el Brasil portugués, los países europeos, sobre todo los del área mediterránea, Estados Unidos, el Japón de los Meiji, la India independiente y la China de la segunda mitad del siglo XX, cuando llegó la hora de los nacionalismos, de la “modernización” bajo sus diversas modalidades, de la industrialización, y ahora, de la “globalización” de los modelos económicos y políticos? En numerosos casos, si no es que en casi todos, la comparación con otras situaciones y realidades históricas debería imponerse, sin prejuicios ni marcos prefabricados. Si efectivamente queremos descubrir lo que hace distintos los diversos momentos y modalidades de la historia de México, es preciso dejar de postular como principio cualquier especificidad supuestamente irreductible y deducir de la comparación cuidadosa con lo afín y

hasta lo ajeno las peculiaridades verdaderas de esta historia. La de México, pero también la *historia mexicana*, no pueden sino salir fortalecidas de estas confrontaciones.

El segundo problema que nos afecta desde hace pocos años proviene del contexto en el que las instituciones académicas nacionales se ven obligadas a desarrollar sus actividades. Concretamente, se trata de nuestra supeditación creciente a organismos normativos cupulares, a los que quienes nos dedicamos a tareas académicas, y en particular de investigación, estamos sometidos. Para las revistas científicas como las nuestras, esta relación se tradujo primero en la extensión de recomendaciones y consejos, en general, bien acogidos en la medida en que parecieron pertinentes e incluso en ocasiones benéficos, puesto que vimos en ellos, medios posiblemente eficaces para lograr la calidad académica a la que todos aspiramos, lo mismo en cuanto se refiere a nuestro desempeño personal como al de nuestras revistas. Pero en pocos años el propósito parece haberse modificado hacia un sentido cada vez más autoritario y totalizador, el que pronto se tradujo en instrucciones imperativas dadas a todas las revistas cuya calidad había sido anteriormente acreditada. Lo que en un principio no había sido más que una simple recomendación se volvió orden perentoria, cuyo incumplimiento implica para las revistas reacias el desconocimiento oficial.

Ahora bien, las nuevas exigencias tienen esencialmente un carácter formal, por lo que no percibimos con claridad de qué manera ni en qué medida contribuirían a mejorar la calidad de nuestras revistas. Además, su cumplimiento tendería a uniformarlas, y por tanto, a despojarlas de su personalidad. Como ha sucedido tantas veces en otras esferas, parece perdurar la vieja ilusión de lograr un propósito al prescribir nuevas normas cada vez más apremiantes y de carácter esencialmente formal, cuando sólo cabría procurar el acatamiento de las existentes. Porque lo sabemos por experiencia, la calidad, tanto la de nuestra producción científica como investigadores, como la de nuestras revistas, sólo puede ser valorada en términos cualitativos, dentro de parámetros respetuosos de las diferencias y aceptando de

antemano el riesgo que implica cierta subjetividad que sabemos inevitable.

El tercer problema que debemos enfrentar es el que corresponde a la difusión de las revistas a través de los medios electrónicos, cuya presencia se vuelve cada día más apremiante en la vida académica. Son grandes y casi irresistibles las tentaciones de aceptar los ofrecimientos e invitaciones constantes a entrar al gran club de la modernidad cibernética. Y ninguno de nosotros quiere correr el riesgo de dejar una revista rezagada en una modalidad arcaica que la condenaría seguramente a una pronta desaparición. Pero ¿qué podemos aceptar y qué debemos rechazar? Lo ignoramos aún, puesto que hasta la fecha, existe un vacío jurídico casi total al respecto, como lo atestiguan constantemente los abusos en los que puede desembocar el uso ciego de los medios electrónicos, en particular en materia informativa. Si debemos entrar sin recelo en los índices electrónicos, que cumplen finalmente las mismas funciones que los índices tradicionales, surgen en cambio muchos interrogantes y dudas cuando se trata de reproducir una revista de larga trayectoria en un CDROM, de suprimir su forma actual para continuar en una versión electrónica, de aceptar ofertas en las que sólo una parte de los artículos, o un resumen de ellos, elaborado por terceros y fuera de cualquier control, aparecería en superrevistas cibernéticas que se proponen sintetizar y difundir en un marco desconocido, información sobre amplias áreas y temáticas. Aquí, como en tantos otros aspectos, los procesos de globalización suscitan nuevas relaciones cuyas implicaciones, positivas y negativas, nos escapan en gran parte, pero que no deben ser soslayadas. Por ahora parece que no nos queda más que compartir nuestras dudas y tomar decisiones que sospechamos apresuradas en un sentido u otro, con la esperanza de que el brutal imperialismo cibernético de hoy empiece pronto a ser, si no regido, al menos mínimamente regulado, de modo que tengamos mayores elementos de juicio al momento de tomar decisiones en estas materias.

Pero en estos comentarios la crítica, cuya ausencia lamentábamos en nuestras revistas de historia, parece sumarse

ahora al pesimismo, y sería en verdad una triste celebración para un gran aniversario si nos conformáramos con eso. Además, sería un error y, más que todo, una falacia. Porque a pesar de las carencias, faltas y fallas señaladas, o de los riesgos y peligros advertidos, es fuerza reconocer que nuestras revistas mexicanas de historia están y van bien. Sin arrogancia desde luego, más bien con la discreta lozanía que sienta a publicaciones especializadas en el México de este tercer milenio en pañales. La prueba está en la permanencia de revistas como el *Boletín del Archivo General de la Nación* (1930), los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* (1937), las *Memorias de la Academia Mexicana de Historia* (1942) y la de nuestra ahora cincuentona *Historia Mexicana* que, con alguno que otro achaque, como es debido cuando se llega a esta edad, han logrado rebasar o cumplido el medio siglo de vida. La prueba está en las revistas que se encuentran en la flor de la juventud, y más aún las que apenas han salido a la luz, como *Historia y Grafía*, *Signos* o *Istor* o entre otras, que marcan una esperanzadora apertura hacia otros campos y enfoques y una tendencia cada vez más acentuada a presentar trabajos históricos sobre otros países. Esto permite esperar que esta tendencia pronto dé origen a trabajos de carácter comparativo, y más tarde a la aparición de seminarios y cursos, con sus correspondientes tesis y libros, que marcarán finalmente, el ingreso de los historiadores mexicanos en el campo de la Historia, esta vez universal.

Actualmente existen en México por lo menos unas 20 revistas totalmente o en su mayor parte dedicadas a la historia, y tal vez casi el doble si consideramos las publicaciones regulares, muchas de ellas de reciente aparición y en manos de equipos jóvenes, que incluyen con frecuencia temas de carácter histórico. Éste es el caso de la mayoría de las revistas que emanan de las facultades o departamentos de humanidades y ciencias sociales, de universidades e instituciones públicas o privadas de la provincia. Como es de esperar que el actual proyecto político que alienta los procesos de federalización se traduzca por iniciativas locales, en materia de educación y cultura, en la creación de

colegios o centros de enseñanza superiores en los estados de la República Mexicana, debería normalmente promover publicaciones en las que la historia esté llamada a ocupar un lugar privilegiado. Por lo tanto, los 50 años de *Historia Mexicana* se acompañan de varios motivos de alegría, satisfacción y esperanza. Cuando el mero hecho de sobrevivir resulta ser una victoria, los nacimientos, felices desarrollos y serena madurez de las revistas de historia indican que pronto tendremos ocasiones de celebrar aniversarios semejantes. Hoy día, *Historia Mexicana* extiende sus sinceros agradecimientos a quienes han hecho posible este número, y los convoca a todos a volver a celebrar juntos... nuestro próximo siglo de vida.

